

Guillermo Vázquez Consuegra

Casa Rolando, Mairena del Aljarafe (Sevilla), 1980-1983

Rolando House, Mairena del Aljarafe (Seville), 1980-1983

En un momento incierto, la vuelta de los sesenta a los setenta, se vivió en España el despertar de las periferias. Para la arquitectura eran tiempos de ensayo a partir de planteamientos diversos, que iban del contextualismo italiano al brutalismo británico, del mundo de Christopher Alexander a la ciudad de Aldo Rossi. Antes de esas fechas cualquier referencia a la arquitectura del país apuntaba a Madrid o a Barcelona; a partir de entonces, Galicia, Andalucía o el País Vasco fueron también noticia.

La creación de escuelas de arquitectura en esos años contribuyó a mejorar el clima intelectual en estas regiones; las primeras generaciones allí formadas se convirtieron en profesores, al tiempo que encontraban un terreno más apto para auparse al carro de la Tendencia, que irrumpía arrolladoramente. De ese momento es la casa Martínez-Gijón, una obra primeriza de Vázquez Consuegra, afín aún a la plástica de los Five. Pero los trabajos que se realizaban en la escuela sevillana en torno a las raíces tipológicas y morfológicas de su arquitectura entraron pronto a formar parte del repertorio del arquitecto.

La casa Rolando, como casa y lugar de trabajo en medio del campo, permitía establecer una analogía con las haciendas sevillanas. Como en estas, se adoptó la organización de construcciones alrededor de un espacio central descubierto, el patio. Dos piezas dispuestas en L que albergan casa y estudio respectivamente, junto con un tercer brazo que no llegó a construirse -alberca y pérgola posmodernamente descompuesta a medida que avanza hacia el campo- definen el claustro abierto al olivar. El cuerpo prismático que presenta el conjunto frente al paisaje se logra con unas construcciones complementarias que adquieren un valor especial.

Esos elementos contienen la mayor carga gráfica y poética del proyecto, y anteponen la potencia de su imagen a su razón funcional. Tanto que parece haber dos programas superpuestos: uno, la casa estudio, y otro, el escenario que la envuelve, un recorrido metafórico por la ruina de un cortijo. Quizás así puede encontrarse justificación a la pared exenta y perforada con balcones en el testero extremo del estudio; o aquella que explica la situación de la entrada fuera del teatral atrio cubierto de buganvillas; o que se propongan como principales los recorridos más particulares hacia la cubierta y hacia el corredor de la planta alta, que de nuevo es más excusa para ordenar un ritmo de fachada hacia el patio que galería de extensión de los dormitorios.

At an uncertain moment of history, the transition from the sixties to the seventies, Spain witnessed an awakening of its peripheral areas. For architecture it was a time to test diverse approaches, which ranged from Italian contextualism to British brutalism, from the world of Christopher Alexander to the city of Aldo Rossi. Previously any reference to Spanish architecture had pointed towards Madrid or Barcelona. Now Galicia, Andalusia and the Basque Country were also news.

The creation of architectural schools during the period helped to energize the intellectual climate in these regions. The first generations to graduate there became teachers, and as practitioners they found themselves in the most appropriate places in which to apply the tenets of the Tendenza, a movement then in full irruption. A product of that period is the Martínez-Gijón house, an early commission of Vázquez Consuegra, then still akin to the forms of the Five. But the work being produced in the Sevillian school around the typological and morphological roots of the region's architecture soon came to form part of the architect's repertory.

The Rolando House, as a residence and workplace, lent itself to analogies with Sevillian plantations. Like them, it organized its constructions around an open central space, the patio. Two structures forming an L (the house and studio, respectively) plus a third arm that eventually was not built (a pool and pergola postmodernly disarranged as they approached the fields) define the 'cloister', which is open to the olive tree grove. The prismatic volume that the complex presents to the landscape is achieved through complementary constructions that acquire a special value.

These elements bear the greater graphic and poetic load of the project, giving more importance to the power of their image than to their function. So much that there seem to be two superposed programs: first, the house and studio, and second, the scenario that encloses it, a metaphorical route through the ruins of a farm. It is perhaps in this way that we can justify the free-standing wall, perforated with balconies, at the far end of the studio, or the location of the entrance outside the theatrical atrium covered with bougainvillea, or the fact that the main routes are the more private ones leading to the roof and upstairs corridor.